

MAYO — JUNIO

1 9 6 4

## SECCIÓN

## Castellana

## Himno

*Lindo el capullo de seda,  
— ¡flor de azahar!  
más linda la mariposa.  
— ¡Quién tuviera alas,  
corazón, para volar! —  
La mariposa que sueña,  
— ¡flor de azahar! —  
con ser pétalo de rosa.  
— ¡Quién tuviera alas,  
corazón, para volar! —  
Ágil escala de luz  
— ¡flor de jazmín! —  
tendida por una estrella.  
— ¡Quién tuviera alas  
para evadirse, por fin! —  
Más ágil la mariposa,  
— ¡flor de jazmín! —  
que se pierde por ella.  
— ¡Quién tuviera alas  
para evadirse, por fin! —  
Ay, corazón de mi Dios,  
— ¡flor de pasión! —  
abierto como una rosa.  
— ¡Quién tuviera alas  
para volar, corazón! —  
Entre sus pétalos arde,  
— ¡flor de pasión! —  
pétalo, la mariposa.  
— ¡Quién tuviera alas  
para volar, corazón! —*

—CLEMENTE RUPPEL, S.V.D.

## Editorial

## LO VITAL EN LO CRISTIANO

"Corred para alcanzar la caridad" (1 Cor 14, 1).

La Iglesia no es una academia de retóricos, mucho menos es un museo para archivar, entre incienso litúrgicos, los cuadros evangélicos, las palmas de sus mártires y los libros de sus apóstoles y de sus sabios. No, la Iglesia es un ser vivo y vital, divino y humano, uno y universal, plantado en la tierra por Cristo, Dios y hombre, para dar la vida eterna a toda la Humanidad redimida. "Fuisteis rescatados de vuestra vana conducta de vida, que recibisteis de vuestros padres... con la sangre preciosa de Cristo" (1 Pedro 1, 18).

El alma de este organismo vivo, que es la Iglesia, es Dios mismo. "Dios es caridad; y el que permanece en caridad en Dios permanece, y Dios en él" (1 Juan 4, 16). Por eso la caridad, es decir, el amor a Dios y al prójimo en acción, es, más que la ley entera del cristianismo, su esencia vital, el cemento de su unidad y la proyección fecunda y brillante de universalidad, que arranca del centro mismo del Corazón de Cristo. "Amarás al Señor Dios tuyo... Amarás a tu prójimo como a ti mismo... En estos dos mandamientos está cifrada toda la ley y los profetas" (Mateo 22, 37-40).

Antes de Cristo, a nadie se lo había ocurrido establecer el amor en relación directa con Dios mismo con un sentido de familia. "Vosotros que antes no erais pueblo, ahora sois el pueblo de Dios" (1 Pedro 2, 10). Los dioses mitológicos de las civilizaciones paganas eran puros números estelares que se divertían en las lejanías brumosas del Olimpo, indiferentes a las voces doloridas de los hombres. "[Vosotros] no habíais alcanzado misericordia, y ahora la alcanzasteis" (1 Pedro 2, 10). En el cristianismo Dios es Padre. "Habéis recibido el espíritu de adopción de hijos en virtud del cual clamamos Abba, ¡Oh Padre!" (Romanos 8, 15). En el cristianismo todos los hombres son hermanos, y la Humanidad entera, sin distinción de razas y de castas, una gran familia. "Vosotros... sois el linaje escogido, una clase de sacerdotes reyes, gente santa, pueblo de conquista, para publicar las grandezas de aquel que os sacó de las tinieblas a su luz admirable" (1 Pedro 2, 9).

Con todo su refinamiento jurídico, Roma ni consiguió siquiera encasillar a los hombres en su puesto, ni a los derechos y deberes en sus términos de justicia y de equidad. El Cristianismo, sí; y lo consiguió por la caridad, cuyo primer deber es el cumplimiento de la justicia para con Dios y para con los hombres. Es más: la caridad del cristianismo manda no sólo dar a cada uno lo suyo, y que cada uno ocupe lo suyo, y que cada uno ocupe el puesto que le corresponde jerárquicamente en el mundo. "Honrad a todos, amad a los hermanos, temed a Dios, respetad al Rey" (1 Pedro 2, 17).

Además de eso, y para lograr eso, la caridad no levanta tabiques divisorios entre los hombres, porque "la caridad no tiene envidia, no se ensorbera... no se huelga de la injusticia, mas se complace en la verdad; a todo se acomoda, cree todo, todo lo espera, y lo soporta todo" (1 Cor 13, 4-7). Por consiguiente, la caridad establece una circulación vital de afectos y de sonrisas en la conciencia, que explota con reverberos de armonía y de paz en nuestras relaciones sociales.

De ahí que el Papa Pablo VI pudo aseverar "que la misión del cristianismo es una misión de amistad entre los pueblos de la tierra, una misión de comprensión, de ánimo, de predicación, de elevación y — digámoslo una vez más — una misión de bienaventuranza" (Alocución de Belén, 6 de enero de 1964).

—LUIS EUGENIO